



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm 9848

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

CONDICIONES:

En la Península.—Un mes, 2 pias.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 15 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

JUEVES 30 DE AGOSTO DE 1894.

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

HUERTA Y JARDINES

Gran surtido en herramental agrícola: arados, espino artificial, palas, azadas comunes, azadas para viñas, lebreros, azadillas, sacadores de plantas, horquillas, crofks, bombas, cubitas, fuelles para azufrar, tijeras para podar.

Efectos de adorno y recreo, plantas y macetones en diferentes y raras clases, pedestales, jardines, caprichos de surtideros, bancos, mesillas y mecadoras, sillas, mueble utilísimo y de alto confort para pasar cómodamente las calurosas siestas del estío.

TODO EN EL MUSEO COMERCIAL PUERTA DE MURCIA, 38, 40 Y 42.

DESDE MADRID

Sr. Director de EL ECO DE CARTAGENA.

Muy señor mío: En cerca de seis años que hace que escribo para ese periódico, nunca me he estado veintidías sin comunicarme con usted, ni que gracias a Dios, nunca he estado enfermo tan largo tiempo.

He tenido además que tomar baños—porque ahora todo lo arreglamos a fuerza de sendos vasos—hasta que me acordé que no he tenido nunca deseos de trabajar.

Uno de los derechos individuales que me preceden es el de la holganza. En el trabajo seis días, descansó el resto, no hay noticia de que he vuelto a hacer nada, de manera que hasta para acercarse a la divinidad precisa holgar.

Y no es esto solo sino que hay que confiar de los hombres muy trabajadores, porque generalmente, lo hacen con mala intención.

Me explicaré.

Por medio del trabajo se apodera de algunos de lo que en otro caso pertenecería a los holgazanes, luego que verdaderamente estafan a la sociedad son los que por medio

de una labor constante se apropiaron lo que en otro caso pertenecería a la vulgaridad de los tumbones.

La única disculpa que el trabajo tiene es que generalmente se utiliza para asegurar la holganza, y como el fin justifica los medios, puede disculparse el que algunos se dediquen a la perniciosa ocupación de hacer algo.

Además, en la mayor parte de las cosas que el hombre hace suele equivocarse; por eso es tan frecuente aquello de decir «si las cosas se hicieran dos veces.»

De manera que si todo lo que se hace se hace mal, lo mejor para obrar bien es no hacer nada, y consecuentemente con este sistema me he estado veinte días sin escribir a ustedes.

De seguro que los lectores me lo agradecerán, porque la verdad es que mis cartas van siendo cada día más pesadas y menos interesantes.

En mi corta excursión no he celebrado ni un mal *interview* con ningún hombre político siquiera sea éste tan insignificante como Amós Salvador en los liberales, ó Fabié entre los conservadores.

Dejo a Tesifonte Gallego que pregunte a medio mundo sobre todo y algunas cosas más y aunque ustedes no me pregunten a mí nada, les diré algo de lo que he hecho y de lo que he observado en lo que llamaré enfáticamente mi viaje de verano.

En Burgos, donde lo principié y donde entre paréntesis he tenido el gusto de saludar a Jacinto Ontañón Director de un periódico local y uno de los periodistas más distinguidos de España, me he lamentado una vez más de ver aquella magnífica catedral con tiendas en la planta baja y he admirado al Papa Moscas y al actual alcalde señor Bancaza, que es más ceremonioso que el mismísimo D. Pedro.

Claro es que no podía dispensarme de pasar un par de días en San Sebastián, donde he visto a las de

Pérez y a las Gómez y a otra colección de señoritas cursis de esas que hacen la delicia de los revisteros y que se vuelven locas cuando se ven en letras de molde.

En San Sebastián sigue el vértigo del frontón y sólo se piensa en *boleas* y en *zagueros*.

A mí el juego de pelota me divierte poco: aquellos hombres atléticos, sudando a chorros, calzados de alpargatas y a veces sucias, no me resultan. Propongo que se les vista con tonelete y talco y que se les pongan plumas en la cabeza para que al moverse y al girar parezcan mariposas.

He recorrido algunos establecimientos de aguas y me he convencido de que lo curan todo, lo temporal y lo eterno, y por último, me he dado una vuelta por Bilbao durante las corridas sin poder lograr que me diga Mario cuál es la señorita de la aristocracia que va a sustituir a María Guerrero.

Y hecha esta ligerísima excursión ya me tienen ustedes en Madrid dispuesto a cumplir con mis obligaciones.

Los hechos han venido a darme la razón; aquella crisis tan anunciada no se ha verificado y así como en Abril y Mayo dije que no habría crisis, ahora sostengo que tampoco la habrá para Noviembre.

Desengáñense los cesantes y los empleados; hasta la primavera no habrá en España un cambio de política.

Del cólera no hay muchas noticias: indudablemente lo hay en Marsella y ha habido casos en Bordeaux, y aunque otras cosas digan los intereses comerciales, la campaña sanitaria del ministro de la Gobernación merece plácemes del país que aprecia los esfuerzos del Sr. Aguilera.

Por este año me parece que nos escapamos del terrible huésped que además se va convirtiendo en endémico.

No hay forma de sacar punta a

lo que ocurre porque realmente no ocurre nada, en términos que hasta los más ocurentes suelen no decir más que tonterías.

La escasez de noticias es de tal naturaleza que uno de nuestros primeros reporters me decía ayer «qué tiempos tan hegemosos aquellos en que había una inundación en Villacañas, volaba el *Machichaco* y se hacían descargas cerradas en San Sebastián.»

Hoy que después de haber afilado todo lo posible los crímenes por el juego, no hay materialmente de qué ocuparse y los periódicos tienen que llenarse con cartas de los bañeríos y las playas.

Por cierto que esto de las playas ha vuelto a poner de moda al *pilillo de las idemes*, que ya no es un grajuja mal vestido como los que se conocían en la Caleta, sino un señorito elegante con sombrero de paja, traje de franela y los pantalones remangados—porque en Londres suele llover en el verano—que no dejan soltera, viuda ni casada a quien no fleche con su garbo y destroce el corazón con sus encantos.

Algunos de esos pillines que no han podido salir de Madrid, con paraguas blanco, sombrero de paja y hasta bastón de los que se usan para atravesar el Pirineo, van por las mañanas a la fuente de la Salud, en el Retiro, y por las noches en Recoletos ejercen de Tenorios, con la sola diferencia de que en lugar de sobornar Brigidas, con bolsillo de oro, solo gastan lo necesario para un vaso de agua y un *icerengue*.

Y mientras en los baños y en las grandes poblaciones la gente solo piensa en divertirse, las faenas del campo ocupan rudamente a más de las dos terceras partes de los españoles que no veranean, que no gastan y que son sin embargo, el verdadero nervio de la sociedad.

Los vinicultores y los viticultores preparan su campaña convencidos ya de que el mercado de

Francia se nos ha cerrado definitivamente y de que precisa elaborar y criar vinos finos que enviar a América y que consumir en la Península con preferencia a los vinos extranjeros.

Y lo que digo de los vinos lo digo de los licores, que se hacen hoy en España tan bien ó mejor que en Francia.

Si la política española anda floja, la extranjera no ofrece grande interés. La guerra entre China y Japón es la comidilla de todos los periódicos, y ahora con la moda de las ilustraciones pasma la tranquilidad con que algunos periódicos publican retratos del emperador de la China y de los altos dignatarios del Japón, ni más ni menos que si los retratos de estos altos dignatarios se pudieran tomar de las enciclopedias como se toman otras cosas.

Hablando en serio, y conste que lo digo ahora, la guerra entre China y el Japón no durará. Mediará Inglaterra y se acabará mucho antes de lo que han dicho agencias y corresponsales.

La enfermedad de D. José Sagasta ha tenido el funesto desenlace que la ciencia había previsto.—Descanse en paz el finado y reciba su familia la expresión de mi más sentido pésame.

Hasta mi próxima, quedo suyo
afmo. v. s. q. b. s. m.

GARCÍA-FERNÁNDEZ.

TIJERETAZOS

Dice «El Demócrata» de Lorca: ¡¡¡¡¡Bien por la guardia!!!!
¿Y saben ustedes el por qué de ese lujo de signos admirativos?

Porque los guardias de vigilancia de Lorca han recogido diez y siete armas blancas a individuos que las usaban sin licencia.

Es decir porque han hecho lo que hacen los guardias de todas partes. Y como en ninguna parte se admira

320 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA.

avistó a su familia, dándole alcance en el repecho del alto del Padal.

En su cima se abría una estrecha quebradura, desde donde se alcanzaba a ver por última vez a Granada; el rey se detuvo, por postrera vez su alómar inclínose y exclamó, con el rostro unido a la tierra, el corazón desgarrado y los ojos llenos de lágrimas: —¡Allah-Kuakbar! (1).

—Si, llora como una mujer, le dijo con desprecio la sultana Aixa; llora, ya que no supiste defender tu reino como hombre.

La desesperación, la vergüenza, el dolor, secaron las lágrimas en los ojos de Abou-Abdallah, cabalgó en su caballo, le arrimó furioso los acicates, y el bruto se lanzó con tal ímpetu a la carrera, que dejó señaladas sus herraduras en la roca como hasta hoy se perciben.

El rey y su familia se perdieron al fin a lo lejos entre las neblinas de la tarde.

Desde aquel día, en memoria de esta trágica despedida, lloraron a veces los ojos de lágrimas del alto del Padal. Fue Allah-Kuakbar, y los cristianos el Suspiro del Moró.

EL LAUREL DE LOS SIETE SIGLOS. 321

Y antes de que el conde de Tendilla tremolase la enseña de Castilla y Aragón sobre las torres de la alcazaba cuando el ejército vencedor avanzaba al través de la vega, en la cumbre de la cordillera del cerro del Sol, inmóvil como una estatua de hierro, se veía un gínete sobre un caballo inmóvil también, con las orejas enhiestas y la vista fija en el ejército cristiano.

El hombre era Muza Ebn-Abil-Gazan, y el valiente corcel Samyel, el leal compañero del emir en el peligro y en la desgracia, el inteligente animal que parecía presentir el dolor de su dueño, y que como él, tenía la mirada fija y centelleante en la vega.

El emir, con la boca seca y entreabierta, los ojos áridos y rojos, el pecho agitado por una respiración violenta, pálido, desencajado, con la pica fuertemente apretada entre sus manos, permaneció inmóvil, silencioso, sin apartar la vista del ejército que avanzaba en paso de arremetida; pero cuando vio abrirse las puertas de la torre de los Siete Siglos y salir al rey Abou-Abdallah, cuando su visir Ebn-Comija entregó las llaves de la ciudad al conde de Tendilla, entonces un grito terrible, amenazador, incesante, brotó de su garganta, sus ojos rodaron furiosamente en sus órbitas, blandió en el aire su terrible pica, y apretando los acicates a su corcel, gritó: —¡Samyel! ¡Samyel! ¡va que eres veloz como el

324 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA.

Los siete viejos se pusieron de pie, y empuñaron sus espadas.

El pendon de la cruz, dijo el bravo hermano, ondea sobre las torres de la Alhambra, y la bandera del Islam ha sido rota antes de que yo pueda plantar mi laurel en la colina de la Azubia.

Los siete viejos vieron a Muza, y adelantaron hasta él, estrechando el círculo con las espadas de punta, hasta tocar su cuerpo.

—¿Qué has hecho del poder que te dimos? le dijo el mas viejo con voz atronadora.

—Le he perdido, contestó Muza sin estremecerse ante las espadas.

—Vas a morir, le dijo con acento terrible el viejo. —Eso deseo, contestó Muza con un acento desgarador, pero que sea entre los cristianos, a la luz del sol, que todos sepan que he muerto por mi patria.

—No contestó el viejo, sin su insensata pasión tá hubiera vencido a tus enemigos, hubieras alcanzado al fin el amor de Schamsul-Ísmail, hubieras sido feliz y poderoso, la historia hubiera guardado tu nombre en un libro de oro, y nosotros hubiéramos basado en la boca a nuestra madre en sus alcázares de perlas de los mares.

Y como si el recuerdo de tanto bien perdido hubiese sido una señal de muerte, los siete viejos hundie-

(1) Grande y poderoso Dios!

